

Oculto detrás de la puerta se preparó, con el corazón en un puño y aferrando el Trail Master recién afilado: una no-muerta acababa de salir lentamente de entre el pinar, bajo la luna. Tambaleándose de harapos oscilantes y tropezando con rocas y raíces, paso a paso avanzaba hacia la cabaña.

Seguro que lo había olido. Los olores de su carne viva y de su adrenalina le habrán llegado a la zombi a través de la espesura de los pinos, y a pesar de la bosta fresca con que él se había embadurnado el cuerpo antes de afilar el cuchillo: el *Bacillus No-Sferatu* mutaba, los volvía más y más perceptivos en cada evolución.

Pero sabía qué debía hacer. Debía dejar que aquella aberración entrase, debía saltar de entre las sombras y sorprenderla y hundirle el Trail Master de una sien a la otra. No era la primera vez, ya se consideraba un experto. El cuchillo penetraría los huesos temporales como si fuesen simples cartílagos, él arrojaría a la zombi al mar desde el acantilado, y así podría seguir acondicionando esa destartalada cabaña como para sobrevivir hasta que llegara algún socorro.

Le extrañó no oír los pasos de la zombi cuando entró por la puerta, voraz, pero eso era lo de menos: giró y se plantó frente a “ella” y le enterró el cuchillo en las sienes y...

Y no, el cuchillo no se había enterrado en las sienes: ¡el cuchillo había pasado de largo, y en el envión su brazo siguió viaje fuera de control como si traspasara el aire, y ahora él trastabillaba y caía al suelo! Y aquella se le abalanzó, y trató de apuñalarla desde abajo; pero el Trail Master sólo hendía el vacío. Y, antes de morirse bajo el contacto de esas manos que al instante disolvían cada parte de su cuerpo que tocaban —aunque eso no era precisamente un tocar—, él lo comprendió: los pronósticos que los científicos militares lograron difundir antes del colapso de las redes habían sido certeros; en su mutación, el *Bacillus No-Sferatu* ya estaba pasando, victorioso y terminante, a la fase *Spectrum-Corrosivus*.